



Jacques

DERRIDA

Jason Powell

PUV

JACQUES DERRIDA
Una biografía

JACQUES DERRIDA
Una biografía

Jason Powell

Traducción de M. Josep Cuenca

Universitat de València
2008

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.

Título original: *Jacques Derrida. A Biography*

© Continuum International Publishing Group, 2006

© De la fotografía de la sobrecubierta: Steve Pyke, Hulton Archive, Getty Images

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2008

© De la traducción: M. Josep Cuenca

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Fotocomposición y maquetación: Artes Gráficas Soler, S. L.

Diseño de la colección: Enric Solbes

Diseño de la sobrecubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.

ISBN: 978-84-370-7052-0

Depósito Legal: V. - 2008

Índice

<i>Nota a la traducción</i>	9
<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	13
1. Argelia	23
1.1. La tradición	23
1.2. Familia	24
1.3. Cultura	27
1.4. Durante la guerra	30
1.5. El Liceo	32
1.6. André Gide	35
2. París y la <i>École Normale Supérieure</i>	37
2.1. El internado	37
2.2. Husserl	40
2.3. El desarrollo de Husserl	43
2.4. «Violencia y metafísica» (1964)	44
2.5. Lévinas	45
2.6. Althusser y el marxismo	46
2.7. La promoción de las décadas de 1950 y 1960	48
2.8. Psicoanálisis	51
2.9. Michel Foucault	53
3. Tras la <i>École Normale Supérieure</i>	57
3.1. Harvard	57
3.2. La guerra de Argelia	59
3.3. Cérisy-la-Salle, 1959	60
3.4. La temprana crítica de Derrida a la ciencia de la ciencia	65
3.5. El <i>Premio Cavailles</i>	66

4.	El primer libro	69
4.1.	<i>El origen de la geometría</i> de Husserl	69
4.2.	Introducción a <i>El origen de la geometría</i> de Husserl (1962) ..	70
4.3.	La libertad	71
4.4.	La escritura: el giro lingüístico	72
5.	Contra el estructuralismo	77
5.1.	Pensamientos sobre Althusser	77
5.2.	«Fuerza y significación»	78
5.3.	1963-1965	80
5.4.	«La estructura, el signo y el juego»	83
5.5.	«Freud y la escena de la escritura»	86
6.	Estructuras en el pensamiento francés	89
6.1.	El estructuralismo	89
6.2.	Post-estructuralismo	92
6.3.	El psicoanálisis y Jacques Lacan	93
7.	1967	99
7.1.	<i>La voz y el fenómeno</i> (1967)	99
7.2.	<i>De la gramatología</i> (1967)	102
8.	Filosofía de vanguardia	105
8.1.	Mayo del 68	105
8.2.	<i>Márgenes de la filosofía</i>	109
8.3.	<i>La diseminación</i> (1972)	113
9.	América: Derrida como teoría literaria	119
9.1.	Los 70	119
9.2.	Viajar	120
9.3.	La muerte/vida y el Otro	122
9.4.	América	126
9.5.	La respuesta de De Man a <i>De la gramatología</i> de Derrida ..	130
9.6.	Derrida y lo literario	131
9.7.	<i>Tel Quel</i>	133
9.8.	1972	134
9.9.	<i>Espolones</i> , Nietzsche en Cérisy (1972)	135
10.	<i>Glas</i>	139
10.1.	<i>Glas</i> (1974)	139
10.2.	El psicoanálisis en <i>Glas</i>	143

11. El GREPH	147
11.1. El GREPH	147
11.2. Los <i>États Généraux de la Philosophie</i>	149
12. Yale	153
12.1. Tras <i>Glas</i>	153
12.2. Yale	154
12.3. Paul de Man, <i>Memorias</i>	156
12.4. <i>Limited Inc.</i> (1977)	158
13. <i>La tarjeta postal</i>	161
13.1. Derrida y el correo/ <i>Geschick</i>	161
13.2. El sistema postal	163
14. Nietzsche y Heidegger	167
14.1. Un inicio tardío	167
14.2. <i>Dar (el) tiempo</i>	169
14.3. «Sobrevivir»: fronteras	171
14.4. <i>La verdad en pintura</i>	174
14.5. <i>Otobiografías</i>	175
15. La década de los 80	181
15.1. Influencia y oposición	181
15.2. Lévinas	182
15.3. «Sobre un tono apocalíptico» (1980)	184
15.4. <i>Psiche: Invenciones del otro</i>	186
15.5. Principios de los 80	187
15.6. Literatura, Estética y Política	190
15.7. El Colegio Internacional de Filosofía	194
15.8. Mediados de los 80	195
15.9. «Chora»	197
16. 1987-90, deconstrucción y nacional-socialismo	199
16.1. La crisis en la política de la deconstrucción	199
16.2. <i>Del espíritu</i> (1987)	202
16.3. El ataque a De Man y Heidegger	207
16.4. «Fuerza de Ley» (1989)	209
16.5. La Guerra del Golfo	212
17. Los años autobiográficos, 1990-1991	215
17.1. <i>Memorias del ciego</i>	215
17.2. <i>Jacques Derrida</i> (1991)	218

18.	El futuro de la democracia y el peor momento del capitalismo ...	225
18.1.	«Del derecho a la filosofía desde el punto de vista cosmo- político»	225
18.2.	<i>El otro cabo: Europa</i>	226
18.3.	<i>Resistencias. Del psicoanálisis</i> (1993)	231
19.	El mundo de Derrida: enfrentándose a Marx	233
19.1.	Últimas obras principales	233
19.2.	<i>Espectros de Marx</i> (1993)	234
20.	<i>Políticas de la amistad</i>	241
20.1.	<i>Políticas de la amistad</i> (1994)	241
20.2.	«Nietzsche y la máquina»	246
21.	La religión de Derrida	251
21.1.	Mesianismo	251
21.2.	«Fe y saber»	252
21.3.	Las últimas publicaciones	255
22.	La bienvenida consciente del Otro, la muerte	259
22.1.	«Sobre el cosmopolitismo»	259
22.2.	«Incumplimiento del derecho a la justicia (pero ¿qué les falta a los sin papeles?)»	260
22.3.	«Sobre el perdón»	263
22.4.	«Como si fuera posible»	264
23.	A partir de 2000	267
23.1.	Un filósofo contemporáneo	267
23.2.	Filosofía en un tiempo de terror. 11 de septiembre	267
23.3.	La muerte/vida	273
	<i>Conclusión</i>	277
	<i>Bibliografía</i>	283
	<i>Índice analítico</i>	297

Nota a la traducción

La traducción de esta obra desde el inglés ha implicado algunas dificultades por el hecho de que la obra de Jacques Derrida está escrita fundamentalmente en francés, pero Jason Powell, para facilitar la lectura del libro a un público anglófono, en pocas ocasiones ha mantenido la terminología original ni los títulos y las referencias de la publicación original de las obras.

En esta versión traducida al español, hemos introducido algunas informaciones adicionales, para permitir una mayor aproximación del lector a la obra original de Derrida y a su terminología, que con frecuencia se basa en el juego de palabras. En primer lugar, hemos citado los títulos originales de las obras de Derrida, generalmente seguidos de su traducción al castellano (tanto si tal traducción está publicada como si no, en este caso traduciendo del francés o de otras lenguas y no del inglés). En segundo lugar, hemos añadido algunas notas para clarificar conceptos que Powell no explica y que podrían ser de difícil comprensión para un lector en español. En tercer lugar, hemos procedido a un minucioso trabajo en lo que respecta a la bibliografía: añadiendo algunas referencias citadas en el libro que no se recogen en la bibliografía final, introduciendo las referencias de los originales de las obras y también las traducciones al castellano. Los títulos originales de las obras de Derrida también se han reintroducido en el texto, junto a su traducción castellana, en los apartados en los que se habla específicamente de ellas.

Igualmente, hemos incorporado en un apartado final otras obras de Derrida traducidas al castellano, adicionales a las citadas por Powell, que aparecen en la base de datos del ISBN (Agencia Española del ISBN, www.mcu.es/

libro/CE/AgénISBN.html) y en la base de datos de REBIUN (<http://rebiun.crue.org>), que incluye la de la mayoría de bibliotecas universitarias españolas.

Por último, debemos agradecer a Antonio Aguilar su revisión del texto. Queremos, igualmente, reconocer la gran ayuda que ha supuesto para la realización de esta traducción la página web «Derrida en castellano» creada y mantenida por Horacio Potel (www.jacquesderrida.com.ar) y que recomendamos vivamente al lector, pues contiene todo tipo de información y de textos de Derrida, en versión original y en versión traducida al castellano.

LA TRADUCTORA

Prólogo

Empecé este libro en 2003, menos de un año antes de la muerte de Jacques Derrida, como una «biografía crítica». Pretendía bosquejar una biografía que fuera completa sirviéndome del conocimiento de la vida de Derrida y del trabajo sobre él publicado hasta el momento. Presento aquí una narración comprensiva y continua de la vida de Derrida, una valoración de sus obras y un resumen de su filosofía.

Hubo uno o dos libros de gran valor para mí cuando me dispuse a escribir esta biografía. En particular, quiero reconocer la ayuda de *Jacques Derrida* de Geoffrey Bennington (1999), cuya sección titulada «Curriculum vitae» constituyó el primer puntal de mi investigación. También se encuentran detalles biográficos especialmente útiles en el libro de Catherine Malabou *Counterpath: Travelling with Jacques Derrida* (Derrida 2004a).

Quisiera expresar mi agradecimiento al doctor Karl Simms de la Universidad de Liverpool, que supervisó la investigación para esta biografía. Igualmente, quiero dar las gracias a mi esposa, Melisa.

Introducción

Jacques Derrida fue el filósofo más famoso de su tiempo, y también un gran y original pensador. Pero su trabajo nació en la polémica y todavía no se han situado en una escena más equilibrada las contrapuestas interpretaciones de su obra y de su importantísima «deconstrucción» heideggeriana. La imagen familiar de Jacques Derrida es la de un crítico de la cultura y la filosofía histórica destructivo, que se dedicó a poner en crisis hechos y prácticas establecidas, en aras de buenas o malas causas, según el punto de vista. Desde un punto de vista, se le consideró antioccidental, y quizá hay elementos árabes, argelinos, de su pensamiento en la concepción no territorial de la ley, sino como conjunto de órdenes internacionales. Por otra parte, su cosmopolitismo es el resumen de la identidad nacional norteamericana y su concepción de la ley es al tiempo secular y basada en la fe. Derrida es famoso entre algunos filósofos por su agresividad contra la filosofía, que ataca usando estilos de lectura literarios. Procede de los estudios literarios, de los que llevó consigo las emociones y la retórica. Desde otro punto de vista, Derrida se ve como el más complejo y eficaz filósofo académico, un combatiente contra la ortodoxia y la pereza, un poco mundano cínico, empeñado en cambiar la manera como se enseña a los estudiantes. Roger Scruton (2005) y muchos otros filósofos y comentaristas de la cultura anglosajones ven a Derrida como alguien que trabajó por la nueva, baja cultura pop —una cultura «de la negación»—, si bien pocos filósofos trascendentales auténticos han profundizado tan ampliamente en la importancia de la memoria, los antepasados y nuestra responsabilidad respecto a los todavía no nacidos. Algunos, de manera restrictiva, ven a Derrida como lector ultraelitista de textos asociados con el nazismo, así como con el comunismo soviético, reconociendo en su trabajo los síntomas de un pensamiento

basado en sentimientos nacionalistas y en la idolización del Hombre Europeo Blanco Muerto.

A lo largo de su carrera en Francia, se le consideró el «Heidegger francés». Otros, más comprensivos, describen la deconstrucción como una crítica progresista de la historia de la filosofía, que produce trabajos que podrían sustituir adecuadamente la vieja tradición y la hacen superflua. Derrida es un filósofo contradictorio si nos atenemos a lo que se dice en el ámbito académico. Sus trabajos son los de un intruso travieso; un líder poderoso y un excelente profesor, en la tradición del radicalismo aristocrático nietzscheano, pero sobre todo su vida y su obra no fue algo que se pudiera ignorar, tanto si se comprendía como si no (y quizás la propia polémica muestra una falta de atención y de cautela en los que se suponía que habían leído sus trabajos).

Derrida saltó a la fama en París a mediados de los años sesenta, mientras que en América y Gran Bretaña su fama tuvo que esperar hasta mitad de los 70, si exceptuamos la admiración de Paul de Man hacia él, que se originó en un congreso de la Universidad Johns Hopkins en 1966.¹ Desde el principio se presentaron una gran cantidad de comunicaciones sobre él, en una proporción inusual para un autor que en 1966 no tenía demasiada entidad, carecía de doctrina positiva, más allá, quizás, de su gramatología. La creciente atención prestada a lo que se percibía como «deconstrucción» dio una imagen o bien de alguien que era sobrevalorado² o bien de alguien que merecía algo más que un vistazo. Debía haber algo acertado en una escuela del pensamiento que durante esos años estaba «deconstruyendo»; había algo moderno y valioso en la deconstrucción. Derrida provenía de un trasfondo complejo, una cultura mezcla de «teóricos» franceses y alemanes vivos y de una tradición de los grandes europeos con los que, al leerlos, se mostraba en directa comunión. En su trabajo, ni en casa, en París, en el estructuralismo, ni en ninguna universidad de América, nunca albergó un secreto deseo de convertirse en el centro de una nueva atención, una nueva

¹ El congreso, bajo el título «International Colloquium on Critical Languages and the Sciences of Man» («Coloquio internacional sobre lenguajes críticos y las ciencias del hombre»), se celebró en Baltimore en 1966 y contó con la participación de varios estructuralistas franceses invitados para hablar de su obra sobre las ciencias humanas. De Man asistió al congreso y popularizó la obra de Derrida escribiendo sobre él extensamente en su libro de 1972 *Visión y ceguera* (de Man 1983).

² Ted Honderich menciona un estudio de las actitudes académicas británicas respecto a los filósofos en el pasado siglo XX entre los que «el filósofo mejor valorado de todos los tiempos» fue Derrida (Honderich 2001, 384).

industria. Él conjugaba el pensamiento de los estudios filosóficos y la alta cultura, para una gran parte de la universidad. Ni siquiera al principio fue un mero erudito, sino que parecía tener un método que la gente quería poner en la perspectiva del tiempo, cuestionar, aprender, resumir. Era un nuevo «ismo». Su evasiva y supercautelosa doctrina frustró a muchos, pero incluso en su doctrina él estaba aparentemente en desacuerdo consigo mismo: no había doctrina o método. Derrida leía los textos con una intención, sin duda, pero no con un método o un objetivo concreto, realizable. Durante los años 80 algunos escritores, sobre todo de habla inglesa, intentaron resumir la deconstrucción y su nueva forma de pensamiento. Estos intentos se centraron en el aspecto de Derrida que parecía común a filósofos de todos los tiempos. Richard Rorty (1982) lo vio como pragmatista; Rodolph Gasché (1986) como transcendentalista post-kantiano; y en Gran Bretaña Christopher Norris (1987) y Geoffrey Bennington (1992/ 1999)³ lo presentaron como filósofo lingüístico. Cada uno de ellos observó que a Derrida le gustaba leer la historia de la filosofía y que en todo ello había una enseñanza particular, una filosofía deconstructiva, pero, vista en perspectiva, no eran capaces de ubicarla. No se sumergieron en la ética de Derrida de ese tiempo, su deseo de pureza, de lo mejor, o en la visión del futuro de Derrida, su visión de la naturaleza de los seres, su interés en el nacionalismo y su propia relación con el pasado. Los críticos positivos de los 80 intuyeron un giro político en su trabajo, pero no pudieron expresarlo, al menos no con la fuerza de sus propias afirmaciones, ni pudieron ver la base ética de su obra. Por último, no hay discusión sobre qué tipo de persona era Derrida, lo que realmente intentaba conseguir. Los críticos negativos, no tan comprensivos con su supuesta política, eran más directos. Creían que Derrida era un anarquista sin responsabilidad social alguna y que simplemente se divertía atacando la cultura occidental; al no gustarles eso, también atacaban sus trabajos, que entendían bien poco. Una queja muy común era que Derrida no se prestaba a una discusión racional. Sin embargo, aunque sus críticos fueran bien intencionados, su posición contra Derrida nunca fue razonada o ajustada a los hechos. Un famoso ejemplo de la gran cantidad de estas críticas y su falta de consideración se produjo

³ Tenemos que expresar, desde el principio, el agradecimiento que debemos al libro de Geoffrey Bennington *Jacques Derrida*. La explicación de la vida de Derrida de Geoffrey Bennington en «Curriculum vitae» (Derrida 1999, 325-36) proporcionó el esquema básico para los primeros bosquejos de esta biografía. Bennington tuvo la suerte de haber emprendido su propio relato con la ayuda activa del propio Derrida.

en el «Cambridge Affair» de 1992, en el que veinte investigadores de diferentes países unilateralmente ridiculizaron a Derrida y también intentaron obstaculizar su carrera profesional (*Points* 1995b, 419-21).

En los 90, los debates sobre Derrida y los modernos estudios universitarios habían entrado en crisis, puesto que las guerras culturales estaban en su punto álgido, y el nivel y el tipo de enseñanza en las universidades parecía estar en declive: Derrida era considerado una de las principales razones de tal declive. Autodenominados defensores de la moralidad y de los estándares educativos se acogían al nombre de Derrida, con más frecuencia y con una voluntad conjunta. Los ataques se centraron en un Derrida considerado como alguien que hacía chistes de la filosofía por parte de académicos que querían expulsar la deconstrucción de la universidad y de sus currículos. Lamentablemente, en Estados Unidos y Gran Bretaña la polémica se centró en lo que los pensadores deconstructivistas y sus modelos habían hecho durante la guerra. Parece que Derrida, por su parte, respondió a ello cuando, a principios de los 90, se editaron varios trabajos extensos y de alta calidad que tenían que ver explícitamente con problemas políticos y éticos del siglo XX y con el futuro de la democracia y la moralidad. Constantemente, Derrida decía a su público quién era, qué hombre era y qué secretos había tras «Derrida» y la «deconstrucción».

A partir de sus aportaciones,⁴ al final de su vida, en octubre de 2004, había suficiente información para compilar una biografía de Derrida y ofrecer una descripción completa de los objetivos de la deconstrucción, a pesar de que en los círculos filosóficos anglosajones circulaban las mismas opiniones sobre un Derrida que no tenía una doctrina positiva, que tenía una política y ética nihilista y una posición contraria a los criterios de la educación superior. John D. Caputo (1997a, 1997b) trabajaba sobre la religión de Derrida; los debates sobre su trabajo estaban más centrados en la política y la ética de la deconstrucción. Pero los partidarios declarados de Derrida, que una vez fueron muchos y fuertes, eran ahora menores en número, si bien estaba a punto de producirse un reconocimiento general en los medios populares.

Admiradores, críticos y deconstructivistas quizás se habrían burlado de la idea de una biografía del filósofo de la deconstrucción. Siempre se pen-

⁴ Concretamente, *La vía de servicio*, con Catherine Malabou (2004a), y *Y mañana qué... Diálogo*, con Elizabeth Roudinesco (2004c), igual como *Monolingüismo del otro o la prótesis del origen* (1998e). Finalmente, la recopilación de entrevistas *Points de suspension* (1995b) y *Negotiations* (2002a).

só que la deconstrucción no tenía autor, que dejaba a un lado distinciones de género y se basaba en cosas factuales. Una mirada a la primera y combativa deconstrucción del trabajo anterior a *Glas* (Derrida 1986a) podría justificar dicho juicio, siempre que no se esté interesado en los «objetivos» de Derrida: Hegel, Nietzsche, Rousseau, Freud, Heidegger o Kant. Si no disfrutaban leyéndolos de esa nueva manera, los críticos tampoco vieron necesidad de «deconstruirlos» ni habrían visto una intención o personalidad guiadora más allá de la crítica deconstructiva. En los primeros trabajos de Derrida, la intención de autor, la política, la ética y el sentido de la responsabilidad no se presentan abiertamente. Pero Derrida escribía con la intención de dejar esas cosas en silencio para que pudieran aparecer más «esencialmente». La intención de Derrida también se desdibujó para algunos admiradores antioccidentales, que no captaron la intensa autoconcentración de su último trabajo, su sutil patriotismo, su fe en Francia y en América; no consiguieron captar la persona y la historia de este importante pensador. Todo el mundo sabía quién era Bertrand Russell y lo que defendía mientras vivió, pero pocos sabían, o querían saber, nada, de Derrida, el autor y el hombre. La deconstrucción era algo que parecía pertenecer a todos.

Visto en perspectiva, Derrida tenía una filosofía que se ajustaba a su carácter evasivo y reservado: es una ontología de fantasmas, una escritura fantasmal que sigue la insustancialidad de todas las cosas, de cualquier cosa, incluidos, y muy especialmente, uno mismo, el escritor, el estado o nación, la propia filosofía. Era una filosofía que no intentaba cambiar las cosas, sino solamente describirlas de la manera como las tenía que ver una ontología post-heideggeriana. Cada «cosa» que existe lo hace sólo de manera distante, como si fuera un fantasma de sí misma. Cuando un filósofo se dispone a encontrar la verdad, lo real, inevitablemente acaba sólo con una sombra. La realidad de su propuesta, el núcleo de la deconstrucción, no puede ponerse en duda; sin embargo, podría ser refutada por la filosofía del sentido común, que acertadamente pondría de manifiesto que si todas las cosas son fantasmales, entonces nada lo es. La razón de Derrida para señalar que toda escritura es una huella [*trait*], que cada persona pública es un fantasma y que cada tradición es una historia de espectros, es que para cada fantasma existe una promesa de algo auténticamente real. Con todo, lo auténticamente real no se encuentra en un reino distinto, sino que es una promesa que lo fantasmal mantiene, la promesa de una versión más pura, una versión no existente, mejor de sí mismo, lo que se

anhela pero no se concreta.⁵ Derrida prueba o da razones para su teoría también en términos del proceso de vida y muerte, obvio y maquinal, la manera en la que se pueden predecir tantas cosas, la manera en la que se saben tantas cosas, que no hay misterio y todo lo que es posible es ya casi real. Eso implica que es muy extraordinario que se llegue a producir un «evento» real. En un mundo tecnológico como éste (y la deconstrucción es *también* un intento de reformar la tecnología), la mayoría de cosas existentes son, pues, sólo espectros de lo que podrían ser y deben esperar la llegada más real de las cosas.

Con esta teoría de la estructura mesiánica de los acontecimientos y las cosas, elaborada en tantas formas como textos de Derrida existen y profundamente congruente entre sí, ¿cómo podría prosperar tal tormenta de controversia o tal mar de críticas? Una razón para su destacada fama y para la cantidad de investigaciones sobre su trabajo es que su pensamiento era auténticamente representativo de los profundos cuestionamientos de su época. Más allá de pruebas y discusiones de espectralidad, que eran múltiples, y más allá de otras teorías de Derrida, que impresionaban por su gran número, lo que más importa es su visión global de nuestra cultura, a la que remite esta teoría básicamente platónica. Quizás Derrida pertenece a la tradición de los reyes-filósofos, los que desean tener algo que decir en el futuro de la política, la ética y la cultura; en su visión de una promesa oculta en el tiempo había algo muy adecuado a su época y más a unos Estados Unidos que miraban hacia el futuro, que a Europa. Es una filosofía en la que el autor, por ejemplo Derrida, no importa tanto como se podría suponer, porque es un escritor fantasmal, de huellas, pero, aun así, importa. En el caso de un pensador de la deconstrucción, se necesita una biografía de manera más urgente porque la teoría de la espectralidad y las huellas siempre implicó también a la persona de cualquier escritor y al psicoanálisis del sujeto en su individualidad más que en su universalidad. Cabe notar que el enfado suscitado por su ontología deconstructiva es debido a la frustración que las mentes conservadoras, autoritarias, sienten cuando descubren que sus ideales son auténticamente reales sólo porque ellos insisten en que lo son, pero, de hecho, son ideales espectrales de un mundo semipresente.

Derrida se implicó ampliamente en una campaña a favor de una mayor justicia y una versión de la verdad mejor que la conocida por la filosofía. En sus críticas de Heidegger dedicó su atención al nacionalismo de éste y a

⁵ Derrida, en una película de Ken McMullen (*Ghost Dance* 1982), en la que apareció, llegó a decir: «Yo soy un fantasma».

la manera en la que «Ser» es casi sinónimo de «Alemania». Hizo eso basándose en la idea de que textos, leyes, ordenaciones, trabajos y sistemas son, y sólo pueden ser, huellas de una mejor, una anhelada versión; o, en otras palabras, mientras Heidegger puede tener razón acerca de «volver a casa» como equivalente de alcanzar el origen de la filosofía, también puede ser correcto cuestionar la certeza que Heidegger sintió de que Alemania, incluso la Alemania nazi, era el origen de la filosofía más verdadera. No hay nada en ello por lo que escritores como Scruton o los muchos enemigos de la deconstrucción, o incluso los enemigos de la filosofía y la enseñanza universitaria, deberían haberse ofendido. Derrida era un filósofo auténtico, y su política, igual que sus compromisos culturales, infundidos con fe, dan continuidad a la tradición occidental, de manera progresista y no muerta, y no cargan con culpa alguna. La meditación a lo largo de su vida sobre el pensamiento «originario» de Heidegger condujo a un pensamiento de igual profundidad pero de resultados más cautos. Derrida era un hombre de un extraordinario espíritu y energía, sin duda muy autodefensivo, pero un puntal de los temas culturales para la mejora y el fomento de la educación como había sido concebida hasta ese momento. Así las cosas, todavía se echa en falta un estudio completo y coherente sobre estos aspectos.

Mientras yo escribía este libro, la vida de Derrida acabó inesperadamente. Hubo anuncios instantáneos del suceso en todo el mundo, con frecuencia en portada. Pero el hombre que se escondía tras el nombre continuó siendo un misterio, y siempre lo será, como la deconstrucción insiste en que todo individuo siempre será un misterio. Sin embargo, sus enseñanzas —y ciertamente dejó enseñanzas— quedan como trabajos pioneros en su tiempo, para ser seguidas por la cultura moderna. Sin duda, sus efectos serán mínimos, pero al menos contra las críticas agresivas y contra el olvido de la grandeza y la pureza de la ambición a que los condena la ambición filosófica occidental, este ideal de la filosofía debería ser valorado en sus justos términos. Actualmente, Derrida ha dejado de escribir, pero por lo menos existe un amplio volumen de publicaciones; no obstante, no poseemos todavía una colección de cartas, lo que generalmente es necesario para una biografía.

Derrida era un gran viajero del mundo, sumamente ilustrado y, sin embargo, con todos esos signos de grandeza y extravagancia, era también sobre todo muy cauto, y su estilo, el ritmo de sus ideas y de su prosa eran muy lentos. Con frecuencia parece que Wolin, Scruton, los firmantes de la carta a *The Times* en 1992 y todos los demás, incluidos sus admiradores, se precipitaron en exceso en sus juicios acerca de él, no porque simplemente

deberían haber dedicado más tiempo a pensar sobre su trabajo, sino porque deberían haber cambiado su propio paso y ajustarlo a esa calma, esa mirada de amplio espectro, que siempre se orientó al pasado lejano y al futuro, y que siempre era dolorosamente consciente de la injusticia de las distinciones taxativas y precipitadas, de los juicios excesivamente simples y del rechazo de los predicamentos auténticos. Una biografía es una ayuda esencial para revelar el valor y el respeto debido a Derrida de esa manera. En una inversión de tiempo e influencia, conocida para aquellos que han leído *La tarjeta postal* (Derrida 1987a), se podría decir que Heidegger se precipitó demasiado en su rechazo al mesianismo de Derrida, fue demasiado audaz al rechazar una teoría de los acontecimientos que nunca ocurrirán, una teoría del Ser en la que el Ser nunca reinará.

Existe una gran cantidad de trabajo en prensa bajo la firma de Derrida y comentarios críticos desproporcionados para lo que es habitual para un pensador que hace poco que murió. Derrida publicó varios libros por año durante su vida adulta, desde los treinta y dos años hasta que murió, cuando tenía setenta y cuatro. En ningún momento de su vida Derrida frenó o interrumpió su actividad; su ímpetu y su trayectoria, cobijados y guiados de algún modo por su puesto en la *École Normale Supérieure*, fue más o menos constante a lo largo de su vida y siguió un camino desde la oscuridad a la fama mundial. La lista de lugares que visitó, y lo que enseñó en cada uno, exigiría con seguridad una investigación acerca de sí, con toda la información potencialmente disponible, se podría completar una biografía que lo tuviera en cuenta todo, así como, finalmente, el contenido y la intención de cada uno de sus trabajos. Una biografía realmente completa de Derrida sería una empresa enorme y por supuesto requeriría varios volúmenes, especialmente si aceptamos los niveles de exigencia del propio Derrida en cuanto a lectura y comentario.

La época en la que vivió Derrida vio el declive y la virtual neutralización de las instituciones políticas de la Europa Occidental y con ello la neutralización de su cultura; hubo otras naciones que llegaron a ser tan buenas o mejores que Europa en su propio juego. Por alguna razón, Derrida, más que casi cualquier otro escritor y pensador, admitió y entendió esta cultura mientras declinaba y, a diferencia de muchos otros, especialmente en universidades y países anglosajones, encontró una manera de mantenerla viva e importante sin nostalgia ni conservadurismo. Si Occidente y su cultura hubiesen perdido fuerza, también Derrida se habría convertido en irrelevante, pero si tenía un futuro, y estaba en una suerte de limbo, entonces los intentos de Derrida de considerarla otro «cabo», otro origen, siempre

tendrán valor. Como dijo y asumió en sus trabajos, por muchas razones, no siendo la menor de ellas las catástrofes que provocó, la cultura occidental no puede volver atrás y ser de nuevo lo que fue, incluso si este proceso innatural fuera posible. Ahora se enfrenta al reto de la occidentalización y de incorporar en sí misma al resto del mundo; la deconstrucción es esencial para ello, puesto que lo que parece un acto de menoscabo, de «destrucción», es realmente el proceso de tomar conciencia del futuro.

Si hubo otras biografías de Derrida debería disculparme por mi contribución. Al hacerlo, destacaría que este breve relato de su vida pone de relieve la continuidad entre él y Nietzsche y, en menor medida, Heidegger. Igual como Nietzsche llegó al pensamiento alemán, a Hegel, Kant, Fichte y Schopenhauer, así como al positivismo de su tiempo y los marcados juicios sobre ellos y ofreció un tiempo futuro muy diferente del tiempo presente con el que aquellos estaban obsesionados, Derrida también dio un futuro a los estructuralistas, los existencialistas, los neo-religiosos, los nacionalistas y los filósofos analíticos. Como Nietzsche, aportó sólo unas pocas doctrinas sólidas, pero muchas nuevas maneras de pensamiento y dijo cosas que la filosofía al uso tenía demasiado miedo a decir. De esta manera Derrida es la continuación de una larga tradición, así como un acontecimiento cultural de considerable magnitud, cuyos efectos pueden durar mucho tiempo, antes de que se conviertan en historia o sean plenamente incorporadas en la manera como la gente entiende la existencia.

ISBN: 978-84-370-7052-0



9 788437 070520

biografías

En el momento de su muerte en 2004, podría decirse que Jacques Derrida era el pensador más influyente y controvertido de la filosofía contemporánea. La deconstrucción, el movimiento que fundó, ha recibido críticas y admiración por igual y ha originado uno de los debates filosóficos más polémicos del siglo xx. El libro de Powell ofrece por primera vez una visión biográfica completa de este importante filósofo al recurrir a los propios relatos de Derrida acerca de su vida así como a los de sus amigos y colegas. Powell explora los primeros años de Derrida en Argelia, su etapa universitaria en París y su evolución como pensador, antes de analizar la extraordinaria influencia de sus publicaciones y la celebridad que alcanzó tanto en Europa como en los Estados Unidos. El libro también explora la crisis a la que tuvo que hacer frente Derrida a finales de la década de 1970, cuando el estructuralismo empezaba a decaer, y sus renovados esfuerzos a la hora de crear un foro público para la deconstrucción, con frecuencia ante la virulenta crítica de la prensa popular. Concluye con un relato de sus últimos años y de sus postreras publicaciones, mucho más reflexivas y enérgicas en sus comentarios sobre la época en la que vivió y que sacan a la luz sus pensamientos acerca de la fama, la vida y la muerte.